

EL MURO SE PUEDE SALTAR

Las gotas de agua van dibujando formas irregulares en el cristal de la ventana. Felipe las observa interesado mientras escucha los truenos de la tormenta huracanada que se cierne sobre la ciudad.

La lluvia, envuelta en un velo arremolinado en movimiento, sacude los edificios y todo lo que encuentra a su paso. Los árboles parecen que quieren echar a volar con balanceos ascendentes, recuerdan el desperezar de alguien que se acaba de despertar. Las marquesinas de la parada del autobús se mueven inarmónicamente como danzantes en una pieza abstracta controlada por el viento. Se diría que es un día aciago para todos, intimidante para quienes tienen que salir sin opción a permanecer en sus casas.

Felipe, sin embargo, contempla el espectáculo desde su ventana, resguardado de la furia exterior, con una sonrisa en sus labios y una expresión relajada y alegre en su rostro, consecuencia de la paz que siente y que le hace estar agradecido.

La noche pasada soñó, el sueño de siempre, pero esta vez con un final diferente. ¡La bolsa se ha elevado y ha saltado el muro!

Un fogonazo lo ilumina todo. La gente corre y se resguarda, Felipe espera el trueno, le agrada, se siente bien. Este llega y él ríe, ríe y da carcajadas ¡está exultante!

El relámpago le ha hecho recordar cuando todo empezó hace veinticinco años, el día en que su vida cambió y se encontró de frente consigo mismo, con la vida y con la muerte.

Era un día como otro cualquiera, se había despertado un poco antes de que sonara el despertador, pero este no sonó. Se quedó esperando en la cama y tomando conciencia de su nueva situación, notó cómo se le oscurecía la mente y se le encogía el corazón. ¡Ya no tenía que ir al trabajo! No experimentó alegría, sino desazón, sintió angustia y ansiedad. Se preguntó qué tenía que hacer hoy. No lo sabía. No lo había pensado. Le vino una avalancha de ideas sin control y sin ubicación que le golpeaba la mente y le hacía flotar en la inseguridad futura.

Inmerso en el tormento de sus pensamientos, y con el deseo de ser socorrido, la voz de su esposa lo rescató del pozo profundo en el que estaba a punto de caer.

- ¡Levántate! Hoy vamos a hacer las cosas juntos.

Felipe se levantó de la cama como si de una marioneta se tratara cuyo movimiento es impulsado por alguien que intenta dirigir: ¡su esposa Rosa!

Miró por la ventana como hacía todos los días, pero la visión de hoy fue diferente, salía el sol y sus rayos iluminaban los edificios cercanos con movimientos dulces y cálidos, como el que acaricia a una mascota dócil y complaciente.

Salió con su esposa a hacer la compra y aprovecharon para dar un paseo. Fue agradable, pero Felipe se sentía raro, diferente, algo en su interior no estaba bien, añoraba los días anteriores, no se ajustaba a la nueva situación. Rosa le hablaba, le contaba cosas y le hacía proyectos, pero Felipe no la escuchaba, se hundía en la zozobra de sus pensamientos. Sus andares, la dura expresión de su cara y sus respuestas, le hicieron ver a Rosa que algo no iba bien, pero prefirió pensar que se debía al cambio de actividad y pronto se le pasaría.

Por la noche, Felipe tuvo un sueño que le conmovió y le hizo estar inmerso en él durante días, incluso estando despierto, porque se repetía noche tras noche, en el tiempo, siempre el mismo sueño.

Soñó que salía de casa con una bolsa vacía y andaba por un camino largo y serpenteante, en el que no había nada y el andar se hacía lento, pues los pies les pesaban al dar los pasos. El camino finalizaba en un muro alto que impedía continuar y no se podía saltar ni rodear. En el muro había grabada una inscripción que decía: “El muro se puede saltar, aquí no se termina, se continúa”.

En este momento Felipe despertó. La frase se le quedó fija en la mente y en los días siguientes cuando salía con su esposa iba como un zombi, retenido en el sueño. ¡No se le iba de la cabeza! Se preguntaba una y otra vez por qué soñaba siempre lo mismo y qué significaba la inscripción.

Su esposa comenzó a estar preocupada por su estado, no respondía con normalidad a sus preguntas y requerimientos y no paraba de preguntarle qué le ocurría.

Ante la preocupación de Rosa, Felipe le contó lo que soñaba todas las noches y como le obsesionaba aquella frase que le impedía, incluso, vivir el día a día.

Su esposa intentó animarlo, le recordó lo dichosos que eran, estaban juntos y se querían, tenían hijos y nietos, tenían una situación acomodada, podían hacer cosas juntos, el tiempo continuaba y era un tiempo nuevo donde ellos podrían dedicarse plenamente el uno al otro.

Felipe se alegraba al escuchar a su esposa, pero al llegar la noche todo su ser se ensombrecía al pensar que repitiera el mismo sueño.

Esa noche no soñó nada. Al despertar no se lo podía creer, se sentía ligero y despejado, en sus labios una mueca de sonrisa se dejaba entrever. Se lo contó a su mujer y esta se alegró. Ese día visitaron a sus hijos y nietos.

Transcurrió un tiempo y todo fue bien, el sueño se le fue olvidando y cuando soñaba lo hacía con cosas agradables y familiares. Felipe se sentía mucho mejor, la nostalgia y la pesadez de su cuerpo había cambiado, se sentía ágil y afrontaba el día con esperanzada resignación.

Una noche, abatido por el cansancio, se durmió profundamente y soñó que caminaba por el mismo sendero solitario de los sueños pasados, con la bolsa de siempre, esa que no

podía soltar, pero esta vez pesaba. Estaba llena de los afectos de su esposa, los de sus hijos y los de sus nietos. Andaba por el camino con dificultad y algo cansado, debido al peso de la bolsa, llegaba al muro, se colocaba frente a él, algo en su interior lo animaba a intentar escalarlo y saltarlo, infundiéndole una fuerza incontrolada. Lo intentó y no pudo, la bolsa le dificultaba el salto, se dio por vencido y entonces se fijó en que no estaba la inscripción en la pared, la escrutó con la mirada, pero no encontró la frase. Escuchó risas, miró de dónde provenían, vio un personaje mugriento y desagradable sentado junto al muro que lo señalaba y se reía de él. En este punto Felipe despertó.

Durante un tiempo se repitió el mismo sueño, noche tras noche, Felipe se vio sumergido de nuevo en un estado de agitación interior. No entendía el sueño y porqué se repetía. Los halagos de su esposa, los mimos y las distracciones que le brindaba, no conseguían apartarlo de la obsesión del sueño.

Una noche el sueño se alargó. Cuando llegaba al muro, el personaje mugriento y desagradable se dirigía a él y le hablaba diciendo que intentara saltar el muro cuantas veces quisiera, pero que comprendería por sus propios medios que era una tarea imposible. Felipe lo intentó una y otra vez, pero cada vez que lo hacía, la bolsa le pesaba más y más, dificultando el salto y anclándolo en el suelo. El personaje se reía y lo insultaba diciéndole que era tonto, que todo se acababa en esa muralla, que la frase que vio escrita en ella no significaba nada, que él la había borrado pues no tiene sentido atravesar la muralla ya que no hay nada detrás. Felipe lo miraba con desconfianza, mientras el personajillo continuaba diciendo que lo importante es lo que haga antes de llegar al muro, eso es lo que satisface, que los afectos familiares son insuficientes, pues no impiden chocar en la pared, por lo que debería buscar otros afectos, en los bienes materiales, en el dinero, en ocupar el tiempo en viajar, en leer, en estudiar, en mantenerse ocupado todo el tiempo y, de esta manera, no vería el muro y no tendría necesidad de saltarlo. Al llegar a este punto despertó.

El sueño no se volvió a repetir por un tiempo. Felipe cambió, empezó a llenar su vida con múltiples tareas. Empezó a viajar, a colaborar con asociaciones y con todo lo que le ofrecían, a acumular dinero y bienes, a estudiar, a llenar el tiempo con lo que fuese, a estar siempre ocupado..., y, aunque no era consciente, a intentar llenar el vacío interior que cada vez se hacía más grande.

Pasó el tiempo, Felipe continuaba inmerso en múltiples actividades en las que tenía éxito y era adulado. Su esposa Rosa lo acompañaba sin entender, hasta que un día cayó enferma y sin que se pudiera hacer nada, ella murió. Felipe se vio impotente ante lo sucedido, sus éxitos y adulaciones no fueron suficientes para retenerla con vida. Descorazonado por el dolor, la pena, la ausencia de Rosa y la soledad, se sumergió con más intensidad en el afán por ocupar el tiempo y huyendo por la vida, hasta que una noche de insomnio, le vino a la mente la inscripción del muro, “El muro se puede saltar, aquí no se termina, se continúa”. Intentó entender el significado y no pudo. Se preguntaba porqué el personajillo la había borrado y la insistencia de este por negarla. Sumido en estos pensamientos se durmió.

Esta vez soñó que caminaba por el sendero de siempre cargado con la bolsa muy llena y pesada, a los lados del camino había crecido mucha vegetación, zarzas y espinos que lo ahogaban. Andaba con dificultad por el peso de la bolsa y por lo angosto que se hacía el sendero. Llegaba a la muralla en la que las zarzas impedían acercarse. Sentía una fuerza interior que lo impulsaba a trepar y saltarla, lo intentó varias veces, pero no pudo. La frustración se hacía mayor cuando el peso de la bolsa, junto con las zarzas, lo intentaban fijar al suelo. Entonces fue cuando vio al personaje mugriento y desaliñado que discutía con otro personaje de aspecto agradable y sereno. Solo podía oír y entender lo que decía el personaje mugriento, pero al de aspecto agradable, aunque puso atención, fue incapaz de oírlo y entenderlo. Gritó y los personajes, al percatarse de su presencia, callaron.

Felipe despertó con sensación de ahogo. En su cabeza bullían las imágenes de las zarzas y las espinas, lo angosto del camino, veía reflejado lo agobiante de su vida y de su huida hacia ninguna parte. No le apetecía seguir haciendo lo que hacía, solo tenía en su mente la imagen del muro, ¡la muerte!

La noche siguiente volvió a soñar el mismo sueño, pero, en este caso, al llegar a la pared e intentar saltarla, sus piernas se enredaban en las zarzas y lo sujetaban al suelo. En su angustia por liberarse y trepar, vio, con asombro, cómo el personaje agradable conseguía deshacerse del personajillo mugriento, enredándolo en las zarzas e inmovilizándolo. Entonces se dirigió hacia él y le dijo que el muro se puede saltar, que se hace más grande o más pequeño, según sean las ataduras que uno hace en su vida, los afectos familiares no ayudan a saltar el muro ni te libran de chocar con él. Tampoco los bienes, las riquezas, las ocupaciones, los placeres, el llenar el tiempo alienándose en múltiples tareas y apetencias, en aquello que nos distrae de nuestro verdadero fin y lugar que consiste en estar detrás de la muralla.

Felipe despertó sobresaltado. El muro tenía una razón de ser y estar, por eso siempre soñaba que andaba por el camino, pero la meta no era el muro, ¡ahora lo entendía! ¡El muro solo es la puerta que da acceso al verdadero lugar, en donde se debe estar!

Ese día se quedó en su casa sin salir, estaba impaciente, deseaba que llegara la noche para dormir y poder concluir el sueño.

Ocurrió como deseaba, el sueño fue idéntico al de la noche anterior. El personaje agradable volvió a hablarle añadiendo que la bolsa que llevaba estaba llena de cosas que le impedían saltar la muralla, debía vaciarla y llenarla por otras cosas que harían que la bolsa fuese más liviana, que se podía elevar y lo arrastraría hacia arriba, ayudándolo a saltar la gran tapia. La bolsa se llena con cosas diferentes, debe de estar agradecido con lo que la vida le ha dado, poner en sus labios palabras de bendición por todo lo que tiene y le sucede, por la alegría de poder contemplar lo que le rodea y la gracia de poderlo disfrutar; palabras de agradecimiento por la esposa que ha tenido y por el tiempo que ha compartido con ella; estar contento por los hijos y nietos, por los bienes que tiene, debe compartirlos y vivir de ellos, no vivir para ellos; disfrutar del tiempo y no vivir para el tiempo; ver a los otros como compañeros de camino y no como competidores en el

camino; ser agradable, amable y cariñoso con todos, sin miedo, sabiendo que no hay pared que se resista a ser saltada y poder vivir definitivamente en el lugar preparado desde siempre: ¡detrás del muro!

Felipe despertó con una sensación diferente a las otras veces. Se sentía animado y tranquilo, como si flotara, se daba cuenta que estaba contento. Empezó a ver la vida de otra manera. Lo que había oído del personaje agradable notaba que estaba grabado en su interior, que siempre había estado ahí, que había estado oculto y que ahora salía a la luz.

No volvió a tener más el sueño. Pasaron los años y Felipe fue actuando conforme le dictaba su interior, como el personajillo agradable le recordó. Su vida había sido buena y era buena. Se sentía gozoso y contento, pleno de felicidad como si viviera para siempre. A veces recordaba el muro, pero no lo intimidaba, él sabía que estaría detrás de esa pared. Poco a poco le fue surgiendo la bendición y por todo aquello que hacía o le hacían daba palabras de aliento y agradecimiento. Con el paso del tiempo la rigidez y dureza corporal, que había sentido tiempo atrás, se fue esponjado, dando paso a un cuerpo armónico, frágil y delicado, sensible a lo grande y lo pequeño que acontece, a las cosas de siempre las que ahora ve en su belleza pura, sin la capa polvorienta de su propia contaminación.

Felipe se sentía vivo y transformado y pensaba con más frecuencia en el camino, en el muro que no lo intimidaba, sentía ganas de ver lo que hay detrás de él, con deseos de habitar allí, que su camino llega y debe saltar, pero... ¡Está esa pared!

Han pasado los años... Los meteorólogos han anunciado fuertes precipitaciones para estos días. Ha comenzado a llover tormentosamente. Felipe no siente miedo, está contento, se dispone a dormir como todas las noches. Se ha acostumbrado a dormir profundamente y en paz.

Llega la noche, se duerme y aparece el sueño de siempre, sueña que va por el camino en el que las zarzas y los espinos han crecido, carga la bolsa llena pero no pesa, siente como lo eleva hacia arriba. La bolsa actúa como un globo, en ella están las alegrías, los agradecimientos, las bendiciones... Ahora contempla el camino desde arriba. Es serpenteante y angosto. Se dirige a la muralla y se sorprende, ¡el muro ha encogido! No es la pared que se elevaba hacia lo alto, como otras veces, es una tapia pequeña, cuanto más se va acercando más se encoge, llega hasta ella y ¡salta! ¡Está en el otro lado!

Felipe se despierta. Ha sonado un trueno. La lluvia arrecia. Se siente contento. Se levanta, se asea y se dirige a la ventana.

Ahora contempla la tormenta desde su ventana. Observa las gotas de agua que chocan en el cristal, las formas fugaces que se forman y desaparecen, volviendo otras nuevas que recuerdan la fugacidad de las experiencias vividas, pero está contento porque sabe que la sombra de la muralla ha desaparecido. ¡Es feliz! ¡Sabe que pronto estará detrás del muro!

ROPEZQUIN